

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

La cerda

(Crónicas de un cuerpo)

Sara Cornelia Montaña Escobar

Tutora: Gina Alessandra Saraceni Carlini

Quito, 2023



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Sara Cornelia Montaña Escobar, autora del trabajo intitulado “La cerda: Crónicas de un cuerpo”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Investigación en Literatura, mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que, en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaria General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

5 de mayo de 2023



Firma: _____

Resumen

Este poemario surge de un proceso de reflexión, observación, análisis y búsqueda de una voz poética que se propone hablar sobre la violencia que sufren los cuerpos femeninos de diferentes contextos sociales a causa del sistema dominante. *La cerda (crónicas de un cuerpo)* da cuenta de un proceso creativo que se ha venido gestando a través de los años y que concluye con la búsqueda de una lengua animal que sea capaz de representar la inmundicia que afecta a las mujeres a lo largo de su vida. Además, este poemario es el registro de un proceso creativo que reflexiona sobre los diferentes aspectos que atraviesan de manera cotidiana la vida de las mujeres. Finalmente, este poemario responde la pregunta por el lenguaje poético y por sus diferentes maneras de denunciar la violencia y el maltrato de las mujeres a partir de un acercamiento a la figura del animal.

Palabras clave: poesía, violencia, lengua animal, cuerpos femeninos, voz poética

Para mi madre, mis hermanas,
y todas las mujeres que se sientan reflejadas
en estas historias

Agradecimientos

A las personas de la Universidad Andina Simón Bolívar que me permitieron iniciar este proceso de aprendizaje. A mi madre por sostener mis pasos en cada momento; a mis hermanas por ser siempre las mujeres que con sus palabras me devuelven el aliento en los momentos más difíciles. A mi padre por ser el pilar fundamental en mis años de existencia. A mi tutora Gina Saraceni por guiarme en la búsqueda de esta lengua animal. A mi amado Raúl por ser la persona que me apoya en los momentos más difíciles y por ser la lumbre de mi existencia desde hace diez años.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
La cerda (Crónicas de un cuerpo).....	25
Obras citadas.....	85

Introducción

Breve confesión sobre una escritura animal (arañas arañas araña araña araña)

La escritura es una araña que me observa en silencio, oculta en uno de los rincones de mi cuarto. Siento cómo sus patas se desplazan por toda la casa y debo calmar el miedo. La araña ignora que es la casa de la escritura y me atrapa entre sus hilos de precariedad, enfermedad, dependencia y fracasos. La araña desconoce que escribo como mujer, y para escribir poemarios, una mujer debe contar con un techo y gente que esté dispuesta a apoyarla. No es importante escribir como mujer dice la araña que ahora me observa desde la página en blanco, pero escucho la voz de mi madre que me llama desde la cocina para que cuide a mis sobrinos; escucho la voz de mi hermana que consuela a mi sobrina que creció sin una figura paterna, escucho la voz de una reportera de televisión que me habla de un nuevo femicidio, y enfrente al artrópodo que me mira insolente y victorioso.

Desde que escribo con conciencia de mi género mis poemas se han embarrado de ese lodo de violencia y muerte que atraviesa la historia de una mujer; en mi escritura se asoman los cuerpos que han caído y que por años han sido la osamenta de un pacto de silencio y dolor que normalizamos porque así nos enseñaron y es imposible callar, no sentir que en cada palabra hay furia, desahogo, preguntas sin respuesta, un animal que se desplaza hambriento y que come las sobras de todo lo que se pudre. Eso es la escritura: una fauna de temores, animales asustados que muestran los dientes y que chillan cada vez más fuerte para relatar mi historia, la realidad que acontece en mi cuerpo y en todos los cuerpos femeninos.

Por eso me entrego a la escritura de este poemario *La cerda (crónicas de un cuerpo)*, me entrego como si yo misma fuera el sacrificio de las fauces que despedazan todo lo que va en contra de la norma. No hay manera de salir ilesos de la escritura, y con cada letra aplasto a la araña, la aplasto a sabiendas de que soy yo misma, vigilante.

Un animal que se hunde

Empecé a escribir este poemario hace seis años cuando recién comenzaba mi camino literario y desconocía por completo el funcionamiento del mercado editorial y

todo el tejido que lo sostiene. Podría enumerar cada una de las razones por las que me aventuré en esta escritura, pero considero que el deseo genuino de todo desafío poético que me he impuesto ha sido el ir hasta el fondo, raspar la corteza de lo visible y traspasar cada capa que lo compone como sucede en el libro de *La pasión según G.H* de Clarice Lispector (1920-1977) en donde el descubrimiento de la cucaracha se utiliza para explorar otras situaciones que acontecen en la vida de la protagonista como la conciencia del “montaje humano” que nos constituye.

La primera capa de escritura se gesta en el 2017 cuando emprendo la lectura de poetas hispanoamericanas y sus textos trazan rutas que hasta ese entonces no me había aventurado a cruzar. Por primera vez, entiendo que la escritura femenina no solo es un espacio de desahogo, de pasión amorosa, o desventura; también puede ser un escenario abatido por la violencia, la visceralidad, la denuncia. Esto se evidencia en *Mamá es un animal negro que va de largo por las alcobas blancas* (2017) de la poeta mexicana Esther M. García y en sus poemas hay relaciones destructivas entre madres e hijas, mujeres que odian a sus maridos como se observa en el siguiente fragmento: “Ciega no veía a marido masturbarse entre las sombras con *soft* porno de quinceañeras ni los chats que mantenía con una joven varios años más hermosa que ella” (García 2017, 27). Imágenes similares observo en los poemas de la ecuatoriana Yuliana Ortiz Ruano (1993) en su poemario *Canciones desde el fin del mundo* (2017); en el canto XXV, escribe:

las mujeres dormíamos con un ojo abierto / con nuestras hermanas adheridas a nuestros cuerpos / para evitar que los primos nos tocaran / mientras escuchábamos cómo los tíos desvirgaban a las empleadas adolescentes en la cocina / niñas arrancadas de sus hogares / al norte cruzando ríos y subiendo cerros / del tamaño de la casa. (Ortiz Ruano 2017, 27)

A partir de estas lecturas descubro que la violencia también puede escribirse desde la belleza del espanto, la crudeza del recuerdo, el miedo como una forma de la identidad. De este modo, empiezo a impregnarme de otras voces; como la de la española Ángela Álvarez Sáez (1981) quien, por medio de imágenes brevísimas y llenas de simbología, es capaz de describir el cuerpo de la mujer en estado de fragilidad y vulnerabilidad, como en los siguientes versos del libro *La Estación de las moras* publicado en el 2017: “Con un hilo de cordura/apagada por la anestesia/te llamo y el ruego/se torna en la oración /más serena, clara. /Luego cojo entre mis manos/ el útero y lo exhibo, impúdica, /desafiando los límites de la entrega” (Álvarez 2017, 22).

Conmovida por todas estas escrituras, examino reflexiva las historias de las mujeres que me rodean, las noticias de las redes sociales que hablan sobre mujeres

desaparecidas, mujeres muertas a manos de sus esposos, hijas asesinadas por sus propios padres. Es por ello que soy consciente de que algunas de las cicatrices y heridas que han dejado huellas en mi cuerpo son el resultado de las imposiciones, reglas, normas, discursos, prohibiciones estereotipos que se gestan en este sistema dominante y patriarcal.

Es en este tramo que escribo mi poemario *Conversaciones nocturnas con la sombra de mi madre* (2021) donde hablo de la enfermedad que ha acongojado mi cuerpo en varias etapas de mi vida aunada a la relación con mi madre y sus cuidados, sus temores, sus ausencias. Por primera vez, me enfrento al dolor que se origina en mi corporalidad y las palabras salen como un vómito que expulso sin deseo de limpiar las manchas que dejan sobre la escritura que se torna una mandíbula que me muerde y no quiero escapar de sus dientes, quiero decir hasta que las palabras sean un quiste que expulso y que me permitan la satisfacción momentánea de una cura.

Llega el 2018 y lo poco que había construido hasta entonces en el terreno de la literatura se desploma como un espejismo y descubro las perversiones de la propia máquina literaria y editorial donde se cierran puertas y se acumulan decepciones. Mi primera oferta de publicación fracasa, no consigo poner en marcha mi proyecto editorial, los pocos amigos poetas desaparecen. Me sentí sola como un animal indefenso. La escritura no siempre nos salva, a veces solo es humo que se disipa de una lumbre apenas encendida. Me confronto con la pregunta sobre ¿qué tengo más allá de la poesía? Y encuentro respuesta como: mi vesícula dañada, el dinero que llega a cuentagotas, los conflictos familiares que florecen en el árbol de la herencia y que responden con su voz filosa. No hay nada más, solo yo y la autoconciencia de haber encontrado aquello que amo y me hago un nudo en el delgado hilo de la esperanza.

Sigo escribiendo, borro los poemas que no me convencen con la rapidez de una curita que se levanta de la piel lastimada, escribo con la urgencia de quien sostiene la respiración y no quiere llegar a la orilla, solo hundirse hasta ver los animales que imagina, hasta encontrar el espejo que te permita ver el verdadero rostro de la enfermedad. Soy un animal que se hunde, se hunde porque sabe que el único salvavidas está dentro de lo que duele.

Continúo sumergiéndome en las capas de lo que se ha transformado *La cerda* (*Crónicas de un cuerpo*) el libro que es ahora aquel que comencé hace tanto tiempo. En el 2019, decido unirme a movimientos feministas de Loja, mi ciudad; lo hago con la plena convicción de que la lucha por nuestros derechos debe ser un espacio de incomodidad y de roturas. Alzar la voz debe causar escozor, igual que el poema que escribo sobre una

niña obligada a migrar y donde mi voz cuestiona, pregunta, supone, habla de las cabras como la casa que debe dejarse obligatoriamente, habla de las pájaras que son forzadas a emigrar porque el propio territorio es un solar de desilusiones.

Desde que abordo la escritura como una historia de otras mujeres mis poemas se tornan más narrativos porque la voz poética debe contar algo a través de las imágenes, las metáforas, los títulos que van de izquierda a derecha en búsqueda del desorden, del indicio del caos, de la abolición de las normas. Publico mi primer poemario, gano una mención de honor, me invitan a un festival de poesía. Mis uñas rotas por las horas del insomnio han dejado sus marcas en ese mundo literario en el que a mis veinte años creí imposible acceder. Mientras esto ocurre, se escuchan noticias lejanas sobre un virus proveniente de los murciélagos, la ansiedad me obliga a imaginar los escenarios más extremos, nada es imposible cuando se trata de lo peor, pienso en esto y me siento como un conejo que sin saber vive en el estómago de un rumiante dormido. Así llega el 2020, todos somos deglutidos por ese monstruo que es la pandemia y nuestros planes se derrumban, nos encierran, nos dicen no pueden salir, nos advierten de una posible agonía en cuerpos enfermos, en cuerpos decaídos, en cuerpos sin defensas. Inevitablemente, río ante la ironía de empezar a sentirme viva cuando ha llegado la hora más frágil del ser humano. Practico con más tenacidad la rutina de la soledad, no quiero a nadie cerca, solo los libros y la hoja en blanco; que solo persista ese espacio de protesta.

La muerte nos respira en la nuca. La muerte es un ataúd en la calle, una mano extendida para el saludo, una fiesta clandestina, un beso que desea ternura, una madre que abraza a sus hijos, una abuela que extraña a sus nietos, un viaje impostergable. La muerte exhala su aliento de flema amarilla en nuestros pulmones y nos vemos como gusanos dentro de los cuartos, nos arrastramos entre las cobijas, comemos en exceso por la escasez de alegría. Somos animales que han caído en la trampa de la mortalidad.

Retomo la lectura de obra narrativa. Leo a Stephen King, a Mircea Carterascu, a Marguerite Duras, a Amelie Nothomb: sus voces me hablan de historias de pesadillas, de guerras, de amantes olvidados, de mujeres dormidas por un virus extraño. Escribo de mujeres que sufren, mujeres que buscan, mujeres que se embarazan, mujeres que sueñan en el hogar que dejaron. Leo *Nefando* (2016) de Mónica Ojeda y su obra se me presenta como un animal rabioso que me llena de sus fluidos y me incita a bañarme en su pestilencia porque entiendo que purificar es quitar la membrana de la apariencia. Y yo quiero ver más allá de la doctrina del orden, quiero ver lo que se oculta en las paredes, quiero dejarme perturbar porque solo así seré capaz de hablar de lo que no debe decirse.

Escribo sobre la niñez que se roba y que se vende en las redes ocultas de las cosas que disfrutamos a solas, ignorantes del horror que viven muchos cuerpos caídos en manos del más fuerte. Mónica me enseña que tengo que cavar la tierra, ensuciarme las manos, dejar marcas en donde antes hubo orden. Sigo hurgando en mi rabia, en mi temor, en las cifras, en los conceptos, así hasta que la lengua de la poesía, la lengua que deseo que enturbie al mundo, salga de mi propia boca.

Ya no escribo mi poemario, escribo historias de mujeres sin pensar en la estructura narrativa ni expositiva de los textos, escribo una masa que no tiene forma, lleno documentos en blanco, borradores de historias, tachones de monólogos que no llegan a nada. Y en esta búsqueda inacabable, exploro el lenguaje, experimento con las palabras, mezclo poesía, narrativa, prosa poética, referencias culturales, las historias se extienden en el documento, mis letras toman formas insospechadas. Escribir es reinventar, escribir es encontrar tu lugar y crear tu cuarto propio, salpicar la blancura, salpicar y dejar huellas deformes.

De la misma manera, aprovecho los espacios colectivos que me ofrece el mundo virtual y organizo un encuentro poético con varios poetas de Hispanoamérica; realizo talleres de escritura terapéutica y algunas mujeres se unen porque todas tenemos algo que decir y necesitamos un asidero en medio de la incertidumbre. Mantengo la gestión cultural con más ahínco que nunca. Si algo aprendí de la pandemia es que el único tiempo que tenemos es el ahora y no me quiero ir sin haber hecho lo que amaba hasta el último instante. Motivada por el espíritu del activismo cultural, decido trabajar en proyectos colectivos y convoco a las mujeres poetas de mi ciudad para que nos escuchemos y hablemos en medio de esta vorágine de enfermedad y reclusión forzada.

Llega el 2021 y, protegidas por mascarillas, alcohol, contacto limitado, preparamos una obra que busca contar, a través de la poesía, las historias que hemos vivido en primera persona, no importa la experiencia literaria, aquí lo que realmente impera es que todas tenemos algo que decir, todas sabemos que por mucho tiempo hemos callado lo que nos dolía y que es tiempo de gritar sin miedo. Nos presentamos en un teatro de mi ciudad; lo hacemos con público restringido a causa de los protocolos sanitarios, pero nos emociona el hecho de habernos parado en un escenario, de haber sido el centro de un espectáculo en donde nuestra voz es la protagonista.

Sin duda, al mirar hacia atrás, recuerdo el 2021 como el tiempo de la cosecha, el tiempo en que recogí los frutos de mi sueño, el tiempo en que todas las metas se cumplían y mis manos se llenaban de aquello que había pedido por tantos años. Gano premios,

recibo dinero como recompensa, inicio la planificación de una nueva obra, sigo talleres de narrativa, soy elegida para una beca de maestría en escritura creativa, gano un concurso de poesía con un libro que escribí sobre mi perro. Pagué la colegiatura de la maestría y así di inicio a esta travesía que, entre otros muchos aprendizajes, me permitió conocer el animal de mi lengua.

La belleza de lo horrible

Primer día de clases, escucho las presentaciones de mis compañeros, me comparo inevitablemente a ellos, me siento tan pequeña e inoportuna como una mosca que ha llegado al banquete sin ser invitada. No puedo deshacerme de la idea de mi pequeñez, no puedo mirarme a mí misma sin ver a los otros. Mientras sorteo las preguntas que devoran como una marabunta mi seguridad, me enfrento a la mayor de las interrogantes: ¿qué tienes que decir que otras no han dicho? y la ansiedad se apodera de mí, y no hay respuestas más que la simple idea de escribir, y el blanco del silencio lo llena todo. No hay palabras para justificar el asombro.

Aprender es reconocer la ignorancia y me reconozco ignorante ante todo el conocimiento que llega a mí como un tsunami; es difícil aferrarse a la vocación cuando hay un murmullo constante que susurra que no eres lo suficientemente buena para lo que te propones. No eres lo suficientemente buena para escribir, no eres lo suficientemente buena para eso que haces desde que eres niña y aprendiste a vivir en la fantasía y te estremeces ante esa voz chillona.

Llega el 2022 y sucede lo peor: te enfermas de covid, tu familia enferma de covid. La enfermedad se hace un remolino en tus pulmones. Ojalá se pudiera renunciar a las elecciones pasadas. Ojalá una pudiera predecir las tragedias y no pertenecer a una estirpe, y no tomar el avión para ir a una feria del libro, y no querer tener un título que compense el error de estudiar psicología. Inhalas con todas tus fuerzas el olor del eucalipto, tomas el séptimo jarabe de miel con limón que no disminuye los síntomas. Hace semanas no puedes salir sin que el aire frío no te cause ataques de tos y los ojos asesinos de los demás no te vean con asco y haciéndote sentir culpable. No entiendes los designios. Te aferras a las series de *Netflix*. Te aferras a las cosas simples. En tanto, empiezas a trazar las primeras coordenadas de tu camino poético.

Te concentras en las citas que te permiten trazar rutas de viajes y sobre todo que te hacen entender que tu poemario es necesario porque “el relato único crea estereotipos,

y el problema con los estereotipos no es que sean falsos sino que son incompletos. Convierten un relato en único relato” (Chimamanda 2018, 22) y me sostengo con ímpetu a la idea de que cada libro tiene un estilo, un lenguaje, una retórica y un modo de ser inigualable. Después de todo, yo soy una mujer latina, de 34 años, que es capaz de crear una lengua para hablar de cuerpos femeninos. Ahí surge otro dilema, ¿cuál es esa lengua?

Es imposible no caer en el desánimo mientras estás enferma y tienes que practicar una autopsia para dar con el origen del impulso de la creación. Sospecho que cualquier acto creativo surge de la ambición de devastar lo que existe, y por eso empecé a escribir este poemario, no con el propósito de ser alguien dentro del mundo literario, sino por el anhelo de ser una de las mujeres que no han reprimido su molestia de vivir en este sistema. Esa es la causa, por eso el origen de esa lengua inquieta, lengua filosa, lengua serpiente, lengua cocodrilo, lengua femenina, lengua cerda...

Empiezo a recuperarme del covid y eso me permite prestar más atención al mundo que me rodea. Escucho las clases de Gina Saraceni y ella habla sobre el animal que recorre las poéticas de escritores y escritoras, un animal que revela nuestros miedos, sensaciones, impulsos. Un animal lujurioso en el caso de la poética de Reinaldo Arenas, un animal extraño en el caso de la literatura de Pedro Lemebel, un animal tembloroso en el caso de Jacqueline Goldberg. Un animal que recorre las hojas, muta y se transforma con la intención de que el protagonista hable de aquello que se agita dentro y que de otra forma no podría salir; el salto hacia la nada que crea la belleza de lo horrible.

Entiendo que una lengua puede ser volcánica, un lenguado que vive en aguas abisales, una lengua poseída que irrumpe en la ortopedia del lenguaje para hablar de otra forma, como hablan los cuerpos silenciados por su género, raza, orientación sexual. Entiendo que mi lengua tiene la intención de ser impura, porque habla de aquello que causa incomodidad, de aquello que nos decimos solo en voz baja, en grupos de amigas, o que intentamos reprimir para encajar. Pero es imposible que un cuerpo o una voz que nunca ha encajado busque obedecer; por el contrario, debe aceptar la propia extrañeza y convertirla en algo que tiene vida e intensidad expresiva y semiótica. Es necesario crear una fisura que tenga la capacidad de nombrarnos.

A todo ello, escribo un plan de tesis que, si bien reúne los requisitos para ser aprobado, aún me causa inquietudes. Afortunadamente, Gina Saraceni acepta ser mi tutora de tesis y le presento mi poemario; ella me hace correcciones mientras me interpela sobre el significado de escribir acerca de estos cuerpos excesivos, desbordados, animales. Es momento de revisar la masa que meses atrás había escrito; es necesario revisar ese

conjunto de extremidades y unir las como un monstruo que me haga sentir maravillada sobre aquello que mi creación está empezando a develar.

Releo los poemas. Se trata de poemas narrativos de larga extensión, que combinan prosa poética con verso libre, metáforas, imágenes, sinestesias, cierta ironía que me permite hablar sobre las malformaciones de la realidad. En ese sentido me permito intervenir el concepto periodístico de crónica para transformarlo en un lugar que registra episodios reales a través de una apuesta de escritura que busca hacer estallar a la lengua poéticamente. Son mujeres que recorren espacios públicos y casas de familia. Son mujeres de todas las edades; niñas, ancianas, adolescentes. Son mujeres que no solo son víctimas. Son mujeres que causan daño. Son mujeres que golpean las manos para poner otro orden, otra lógica del deseo, aunque todo desaparezca. Son mujeres que causan muerte, que sufren abandono, son madres que parecen animales acorralados y que sacan las garras, muerden con cólera, no sueltan hasta que el objeto de incomodidad tenga salpicaduras de sangre.

Mi lengua enturbia lo que existe. Todo se mueve en constante caos, conflicto, lágrimas, tristeza, humor negro para compensar el vacío. Tal como ocurre con algunos escritos de este poemario, como en el poema “Cuentos para hermanas pequeñas” en donde hago uso de la ironía para hablar de aquello que nos hace voltear el rostro: “En la última página de un diario, reportan a dos niñas desaparecidas hace diez meses de su hogar/Cuando encontraron a una de ellas, su madre dijo: /Pero ella no es la que quería/” (Montaño, 2023, 33). O en el poema “Testimonio de maternidad” en donde los animales se usan como metáfora para hablar de aquello que se aborrece, como en esta parte: “Soy la estirpe de ovejas negras que se trasquilan porque se aborrecen” (42).

Este deseo de traspasar la rutina, de hurgar más allá de la superficies, se encuentra presente a lo largo de todos los poemas; este animal que se agita en espasmos violentos y que derrumba todo lo que hemos aceptado dentro de ese pacto de normalidad, lo cual se manifiesta en el poema “La red rosa es el reflejo de un comercial que no nos interesa”, como en la siguiente estrofa: “Madre ata tu cuerpo a la cama./Eres una lechuza que agoniza amurallada en el dolor de madre./Madre grita cuando un hombre le mete el pene en la boca./Quieres salvar a madre./Quieres salvar a madre de destruirte./” (78).

Con todos estos poemas formé un corpus de voces, un cuerpo doliente que da testimonio de una sobrevivencia en la rutina cotidiana. Decidí, con este poemario, proponer una mirada sincera, una mirada transparente, una mirada que tuviera la capacidad de descubrir lo que se esconde en el anonimato, en el temor, en el *performance*

de la voz que habla como un niño para señalar el tormento que se hace cicatriz en la infancia. Quieres decir y recorres un camino de espinas, te perforas, los agujijones dejan marca, pero el veneno no está solo en ti, está afuera. Ya nunca verás las cosas como se muestran sino por lo que esconden. Porque la herida es lo único que nos permite recuperarnos de la ceguera. Unes esta comunidad de voces, y todo se trata de doler, dolerte, dolernos, como en el libro de Cristina Rivera Garza, que no es otra cosa sino un entramado de testimonios, de anécdotas de pus y gangrena.

Igual que ella, que las otras mujeres que hablaron, quieres ser la sepsis y hacer que todo esto se pudra para matar lo que hace daño. Decides nombrar al horror, decides cerrar el poemario con un poema que revele al animal del verdadero miedo. Lo haces porque entiendes más que nunca que, pese a buscar belleza en el lenguaje, lo que buscas es la sinceridad en tus palabras, lo que siempre has querido es que, al hablar sobre las otras, te veas a ti misma y que al hablar sobre ti, las otras se reconozcan en tu propia historia. Decides cerrar el poemario con “Cerde”, un poema que contiene todas las cuestiones personales que surgieron a lo largo de tu existencia mientras vivías con un cuerpo de mujer que nunca ha sido delgado, y por el que tuviste que soportar burlas y humillaciones de personas con las que te cruzaste en tu camino, mientras cuestionabas el amor que te merecías de ti misma y de los demás.

Todos estos poemas se unen por medio de una voz poética que habla sobre cada segmento como si fueran el episodio de un *podcast*, porque así es más fácil entender esta monstrua que creaste a lo largo de los años.

Devenir cerda

Así es más fácil entender a la monstrua, te dices. Y decides llegar a la frontera del miedo. Entiendes que es necesario enfrentar las palabras que duelen, las palabras que infectan, las palabras que devoran, las palabras que no satisfacen. Todo se trata de tragar y de ser tragado. Como un animal que se ensucia porque no tiene vergüenza de su imagen. Un cuerpo que no tiene otra opción más que la inmundicia para existir. Un animal que sabe que pese a su pestilencia será la comida que satisface a los comensales. Esta es una cerda, te dices. Cerda, hembra femenina de cerdo, “animal mamífero que puede encontrarse en estado salvaje o doméstico”. Tu poemario es una cerda, la crónica de cuerpos que devoran y son devorados, las crónicas de cuerpos que se revuelcan contra la

norma. Las crónicas de cuerpos que se arrastran en el fango y en ocasiones, se llevan a otras entre sus extremidades con la intención de sobrevivir o continuar el legado.

Observas los poemas. Observas las voces de las cerdas que te hablan desde el lenguaje que creaste. Poner orden al caos es necesario para que el cuerpo que creaste sea un espacio en el que otras puedan mirarse, tal vez un –espacio de revelaciones– como lo dijo Pizarnik, tal vez un gesto de disgusto por las historias que contiene, tal vez un poemario del que, algunos, no pasarán de la primera página.

Titulas cada capítulo como episodio en donde la voz poética conduce al espectador oyente por cada uno de los cuerpos que componen tu cerda. Querido lector, querida lectora, este es el recuento vertiginoso de cada uno de ellos: El primer episodio es un poema narrativo que combina el verso libre y la prosa poética en donde una hermana mayor narra a su hermana pequeña la relación que tuvo con su madre; el amor materno que no es el mismo para todos los hijos; los secretos de una familia que mantiene las apariencias ante los otros. El segundo episodio es un conjunto de poemas narrativos en verso libre y prosa poética que trata sobre testimonios de mujeres de todas las edades que son víctimas y victimarios, testimonios sobre la no maternidad, confesiones sobre posibles crímenes. El tercer episodio es un conjunto de prosas poéticas en donde, por medio de diferentes historias, el yo poético es una niña que habla sobre sus deseos, miedos y frustraciones. El cuarto episodio es un poema extenso en donde a través de diferentes capítulos una mujer habla sobre el inicio de su relación hasta el momento en que empezó la pandemia. El quinto episodio es un yo poético que habla sobre una red de pedofilia, la voz del niño que se traviste para asesinar lo que le duele, y finalmente, el sexto episodio es una mujer gorda que habla sobre su cuerpo atravesado por la violencia, la burla y la indiferencia de otras mujeres.

Este es el cuerpo de la cerda. Estos son los órganos, los espacios de roturas, los hilos que tejiste para crear tu animal, la taxidermia del dolor congelado en el gesto porcino de la mujer que chilla fuerte antes de caer en la boca de su victimario. Estos son los cuerpos que aprendiste a mirar y a escuchar a través de las noticias, de los movimientos feministas, de teóricas como Judith Butler, Audre Lorde, Simone de Beauvoir, de Chimamanda Ngozi Adichie. Estos son los cuerpos que se sientan a tu lado. Este es el cuerpo que te muerde en la sombra.

Este es el lenguaje de la cerda que recorre las calles, las oficinas, los campos, la casa, tu casa. Este es el lenguaje de la cerda, animal hermoso, redondo, de textura suave, que de pronto, es encerrado en un matadero y empieza a ensuciarse, a comer para

sobrevivir, a chillar por la inconformidad, que sabe que será banquete, que sabe que alimentará a la nueva estirpe de cerdas inocentes, que muerde, que engulle, que hace daño, que asesina. Esta es la cerda que te habla desde cada partícula de su cuerpo. Ya no es la araña que te observa desde la hoja en blanco, es el animal porcino que, por fin, ha revelado su rostro y que te saca del trance de la escritura, que ensucia la hoja en blanco, que te muestra las vísceras, y hace que todo lo que existe, todo lo que existe, sea una cerda que camina sin saber que se aproxima hacia su muerte.

La cerda
(Crónicas de un cuerpo)

Maniobras para leer el cuerpo animal femenino

Para que el presente poemario cumpla con su propósito e intención, lea las siguientes instrucciones:

1. Imaginar que la voz es la de una mujer a quien denominaremos “la narradora”.
2. Imaginar que las siguientes historias son relatadas por la voz que las escucha en su cabeza cuando está a solas.
3. Imaginar que la narradora se encuentra en un estudio de grabación de paredes rojas.
4. Imaginar que la narradora empieza diciendo: “Bienvenidos y bienvenidas al podcast *Bestiario femenino*. A partir de ahí, la voz se diluye en su cabeza y empieza una película que se parecerá a su vida.
5. Imaginar que la mujer es un animal que no tiene nombre, pero sí una forma que puede recordar a cualquier cuerpo del reino animal.
6. Imaginar que cada historia sucede en un lugar lejos de la Tierra.
7. Imaginar que la mujer es un espacio vacío en el que podemos encajar sin que nadie lo sepa.
8. Imaginar que todo termina cuando se deja de grabar.

Episodio 1

Recorrido intravenoso en la genealogía animal

Narradora: *Memorias familiares que atraviesan la sombra de la infancia y extraen de ella la figura de la monstrea. La monstrea se mira en el espejo y, horrorizada, descubre las cicatrices que el maquillaje comprado en una tienda china no puede disimular. La monstrea va a un bar, bebe whisky y ahí, alumbrada por el alcohol, llama a su hermana menor y decide contarle el inicio de su decadencia.*

Cuentos para hermanas pequeñas

Hermana:

Este poema no es de amor. Es la rabia de un perro a punto de desfallecer después de haber recibido un plato de comida.

Este poema es el mismo monstruo que cuando niña solía asustarte mientras jugabas a las escondidas.

Siempre quise en tu rostro el horror de la infancia que nunca tuviste y que siempre recuerdo

cuando observo un test de Rorschach en las manchas de las paredes que evoca la continuidad

de mi vida:

Mi vejiga que nunca terminó de reponerse
del desamor que fluía como horchata
en la herencia enferma.

Los vidrios dispersos en los pies de mi padre
que, ahogado en alcohol,
flotaba en una realidad
que nunca fue la nuestra.

Pequeña hermana:

sangre que irriga mis brazos,

unicornio que salvo todos

los días para que no sufra,

río seco de las tuberías,

sin querer, a veces

creamos al demonio

que nos sostuvo entre sus brazos

y quiso dejarnos caer en la noche infinita.

Es mi rostro enfermo al final de la hoguera.
Diluyo en mis dedos
irrigados de esperma,
puercos que un dios niño arrojó a un lodazal
para purificar lo que dios padre creó y dijo:

—Es hermoso—

Así de simple es esto que llamamos existencia
cuando bifurcamos con el codo
las grietas que nos nombran.

Así de fácil te digo:

Tu madre no es la mía.

No es aquella que con ternura te limpia la fiebre,
lava con manzanilla tu diarrea
y te cepilla el cabello cubierto de vómito
porque así se cuida a las hijas que se esperan.

Mi madre es la mujer cíclope que nunca vio mi tristeza.
Mi madre es la que cuenta las estrellas del cielo
y me señala su sitio oscuro para guardarme
entre sus plegarias.

Pronto aprendí que solo había esto
para aquellas que nacemos
con el cordón umbilical como una horca.
Este llevarse como un péndulo hasta mover el último minuto
en que creímos que podríamos cambiar el pasado.

Este poema pospandemia,

es la única enseñanza que puedo compartirte:

La familia es ese juego de las sillas
y siempre gana
quien se sienta
en la última que queda.

Y perdí.

Nunca más buscaré la pertenencia.
Siempre fui ese cerrojo que temí abrir
por miedo a descubrir el motivo del silencio.

Que son estos retazos
que te narro temerosa
de cruzar la última frontera...

I

La tierra fue invadida por marcianos verdes
parecidos a los de *Scary Movie*,
pero asexuados también en los dedos índices.
Poblaron la tierra
y al contrario del omnipotente,
descansaron el quinto día.
Hicieron de los animales el único bien.
Construyeron civilizaciones con el plástico que rodaba
en las legiones casi estériles del mar.
Para vivir en paz, mataron a todos los humanos
excepto a una que clonaron
de la piel de una madre.
Cuando la Madre creció,
los marcianos empezaron a sentirse tristes,
a competir entre ellos
y a hacerse frágiles ante la ausencia de ternura.
Algunos se suicidaron,
otros destruyeron su carne y algunos
desesperados cambiaron de identidad.
La mujer cansada de la necesidad de los marcianos,
un día en la plaza les gritó con un megáfono:

—A ninguno de ustedes tampoco quise—

Se alejó de esta civilización sin mirar atrás...

II

Adivinanza:

La niña de boina roja habla con los peces dorados que flotan en una pecera.

Los peces siempre estuvieron muertos.

Los peces nunca tuvieron orejas.

Los peces fueron los únicos que la escucharon:

¿Cuál es la respuesta?

La niña de boina roja fue un embarazo no deseado.

III

En la última página de un diario
reportan a dos niñas desaparecidas
hace diez meses de su hogar.

Cuando encontraron a una de ellas, su madre dijo:

—Pero ella no es la que quería—

IV

Un padre ama a sus hijos de acuerdo al grado de melanina presente en su piel.

V

La abuela habla de sus hijos y nietas favoritas. La hija rechazada sufre de celos y jura nunca más volver a verla. La hija rechazada habla constantemente de una de sus hijas.

VI

El hijo mayor de una familia le presenta a sus padres su nueva novia.

Todos le hacen sorna sobre la diferencia de edad.

La hermana sabe, desde niña, que siempre le gustaron las menores que él.

VII

En una familia de campo, el abuelo enfermó de covid. Entre sus hijos se alternan sus cuidados y hablan del dinero que cuesta darle una muerte decente. Cuando cada uno de ellos visita al anciano, nunca se olvidan de llevar los planos de la casa de sus sueños.

VIII

Para la teoría psicoanalítica, la muerte del padre es una pulsión presente en todos los seres humanos.

Hace tiempo, que mi padre es una alfombra con cuerpo de oso que reposa dentro de mi armario de cosas inservibles.

Episodio 2

Piezas de animales o maniqués amontonados en un mercado de carne

Narradora: *La monstrua lee las noticias en la mañana. Cuerpos femeninos destrozados. Cuerpos femeninos perdidos de las manos que las procrearon. Cuerpos femeninos que, en las manos de madre, han sido magullados como un animal rumiante indefenso. La monstrua lee vestigios de otras pieles para sanar su propia memoria. Ahí, cuando ella también destrozó a su hermana pequeña para curar las heridas.*

Mamá prematura

Trece años. Catorce días.

Mamá diagnostica la enfermedad en mi cuerpo
después de llamar a mi sangre menarquia.

Mamá llora.

Prepara tilo y bebe en espasmo-

Yo me voy con un campo de rosas
podridas en el vientre.

Mamá me habla del amor como si fuera un niño
que me espera en algún lugar para cazarme.

Mamá dice que el amor es un caramelo
que jamás recibiremos de un extraño.

Veo mujeres desnudas y mi pecho plano
es el primer síntoma de desamor que reconozco.

Pasan los años.

Mamá ya no dice nada del acuario
que esconden los hombres en sus caderas.

Yo lo conozco.

Conocí el pez azul de un hombre
cuando crucé el puente del colegio.

Iba sola. No había nadie.

Iba sola.

Mi padre apenas un oso en cautiverio
frente al hombre.

Mamá mira mi panza.

Diagnostica el síndrome doloroso de las mujeres.

Mamá llora y se hace un animal
que devora mis esperanzas.

Papá es apenas un oso que devora su piel
cuando me hiere.

En casa todos duermen.

Yo preparo la leche que sale
como daga de mis pezones.
El bebé llora. Yo cierro los ojos.
Imagino que sostengo al asesino.

Mamá me encuentra dormida.

En mis manos:
un huevo al que romperé
con la piedra filosa
de mis dientes.

Friki

Lea los libros de biología
y antes de llamarse mujer
dígase
cerda,
friki,
alucinación
de un onanista deprimido.

No coloque purpurina
donde debe haber una corbata,
ni cubra con *glitter*
donde debe haber pellejos.

Aprendiste a esconder el pene entre las piernas
y a verte al espejo como una adolescente
con el pubis afeitado.
No llores.

El amor del hombre es una botella de cerveza
con una mujer desnuda.

Calla que al soñar te humedeces
pensando en vellos púbicos
saliendo de dos bolas
que sostienes en tus manos.

La peluca no esconde
las entradas de tu frente
ni el nombre de mujer
suplanta dos pechos planos.

Di que eres cerda,
niñita azul en un campo de rosas.

Ahora camina frente
a ese pelotón de hombres
que te esperan en la esquina.

Di que eres hombre.

Di que eres un macho que se puso
el calzón de su novia.

Soporta los golpes
una y otra vez
una y otra vez.

Imagina que naces
de tu propio vientre
y que eres la niña
que siempre soñaste ser.

Estirpe de ovejas negras

Me imagino madre. Una cabeza de colibrí ensangrentado salir de mi vagina. Romper mi piel y el vientre marcado por una nueva cicatriz. Mi rostro pálido que recuperará el color con la carne de gallinas. Nada de eso importa. Tendré a mi bebé en brazos. Succionará mi pezón partido y aprenderé que el amor duele. Cuidaré sus pasos que caminarán en los círculos de mi espanto. Jamás querré que caiga. Mi corazón de nido se partirá con cada una de sus lágrimas. Llenaré su boquita con cerezas, sus manos sostendrán flores y acariciarán los cabellos de un cachorro dormido al que le pondremos el nombre de una estrella o un santo. Amaré su primera palabra. Me dilataré como el universo para estar siempre presente. Y cuando enferme seré una estatua y una sombra hasta que mi niño sane. Mataré pichones, arrancaré madre selvas, y abriré sapos hasta ver que la vida en su cuerpo fluye como un río de agua dulce. Nada de eso me aterra. Nada de eso me separa del sueño de un vientre hinchado de existencia. Pero me veo en el espejo. Me rodea un paisaje de sombras. Soy una isla de llanto. Mi árbol genealógico es una mandrágora que llora su historia. Soy la estirpe de ovejas negras que se trasquilan porque se aborrecen. Y no quiero. Y no puedo con un ser nacido de esta tristeza. Cómo calmaré un corazón que late el vacío de una ausencia congénita. Entonces me arranco el deseo de un tajo. Que mis pezones sean un pozo de leche seca. Y mi vientre una ciénaga. No más nación de niños tristes. Nunca un hijo me dirá que me odia y yo le gritaré el sacrificio del propio sueño y la belleza. Y si alguien pregunta por qué no tengo hijos, diré por qué los amé tanto que no quise que nacieran.

El intruso

*Esposo siempre le había dicho
que era una gorda antipática
una vaca estúpida con tetas grandes.
Esposo decía que solo servía para hacer el amor.*

Esther M. García

Callar al hombre
como a una rata
que se alimenta
de comida ajena
sin ser bienvenido.

Callar al hombre
como un animal
que duerme
en nuestra cama.

Callar al hombre
como la lengua del padre
que aún grita en tu memoria:

*Maldita
callejera,
puta
ramera
lárgate con el bastardo
que llevas en el vientre.*

El desayuno contiene
dos huevos duros y leche vencida
el remedio del silencio.

Que se haga la paz
en la tumba del amor.

C a r n e e n o f e r t a

Recostada en una camilla
sin mis ovarios:

Inútil para parir.
Inútil para la siembra del hombre.
Ofrecer el goce momentáneo.
Ofrecerme al instante pasajero.
Yo, mi cuerpo, una trinchera
de hombres perdidos
dentro de esta maternidad impronunciable.

En esta camilla,
un hombre me arranca el útero.

Le pregunto si quiere
degollar con su miembro
a una hembra extinta.

Él se queda en silencio
y me receta psicoterapia.

Me doy la vuelta,
siento su mirada traspasarme el culo
y me pregunto cuál es la diferencia
entre mi animalidad y la de la ternera
en las manos de un carnicero.

Presa

La niña acaricia el vientre de la muñeca.
Pregunta si el abuelo puede tener bebés.

Su madre publica una foto familiar y
etiqueta a sus amigos.

No la escucha.

La niña se duerme debajo de su cama.
Oye pasos seniles
que se acercan a su refugio.

Si no respira, si finge ser como
el juguete que ahorca entre sus manos,
el abuelo se irá.

Si sus piernas son dos agujas
que el abuelo teme sentir en su culo,
ella quedará libre.

Si es la pistola que su padre
esconde dentro del armario,
terminará el juego de las escondidas.

Su abuelo grita:
—te encontré, algodón de azúcar—

La niña anhela ser
noticia del periódico
que leen sus padres, todas las mañanas,

mientras toman café
y hablan del futuro de sus crías.

Fauces

Se dijo en silencio:

Y después de tantos años
de tantas heridas
de servirme tibia y perfecta como cena
de mantener la lozanía de mi frente
al púlpito de bocas hambrientas.

Después de tanto tiempo
de tantos culos cebados en miseria,
y, ahí mi boca, lamiendo la vergüenza
para que ellos siempre fueran cielo
y yo, su ofrenda.

Después de todo ese tiempo
de tanto remiendo de sueños
que nunca alcanzaron el púlpito de la boca.

Después de tanto tiempo decirse a solas
¿Qué hubiera sido de mi vida sin ellos?
y sonreír con los ojos cubiertos de lágrimas
y clamar siempre para adentro.

La perra

Vinieron cuando empezaron
a brotar los limones las manzanas
y el aroma silvestre en tu cuerpo.
Vinieron cuando tus dedos
no tenían cicatrices,
solo un color tan profundo
como el primer pene que viste,
el de tu primo, cuando te dijo
que eso le causaba el color de tus piernas.
Luego, vinieron otros más:
detrás de los carros,
en los baños del colegio,
en la puerta de tu casa
cuando tu vecino, el padre de las niñas,
te arrió a una pared.

Siempre hubo regalos
elogios o insultos:

La buena.

La perra.

La mamasota.

La puta.

La fácil.

La bella.

La bestia.

La cualquiera.

Así el cuerpo fue vitrina

donde todos veían

un maniquí exhibido

Así el corazón

fue un animal exiliado de tu vida.

Sigues viendo penes,
pesando su volumen,
calculando la soledad en sus venas.
Sigues escuchando las mismas palabras.

Ahora eres un animal
que se muerde a sí mismo.

Episodio 3

Anotaciones en un cuaderno de escuela

Narradora: *La monstrea encuentra su diario de la infancia. Recuerda los retazos que solía anotar cuando crecía. Cuando sostener la mano de su hermana era lo mismo que aferrarse a la carencia y al abandono. Crecer es transformar el paisaje en un lienzo blanco y llenarlo de manchas para entender el mundo y sobrevivir.*

Perros Felices

Esta noche iré a la escuela. Mi madre llora un poco. Mi papá corta su barba con una navaja fina. Tomo la mano de mi hermana pequeña y corremos como dos perros felices. Tal vez, en la esquina encontremos veneno. Tal vez, nuevos dueños. Tal vez, nos amputen las caderas porque alguien tendrá hambre. Al llegar, una madre de familia llora y le dice a la directora que su hija no regresó a casa el día de ayer. Todos los niños rezamos para que la encuentren. Yo le pregunto a dios si no era más fácil que todos tengamos un pene. O una vagina. O un trozo de piel que amoldaríamos según nuestros deseos. Tomo de la mano de mi hermana y al cruzar la vereda un hombre se baja los pantalones y hago a dios la misma pregunta. Nadie responde. Llegamos a casa como dos perros heridos. Esa noche crecimos. Desde esa noche nuestros rostros se parecen al de mi madre.

Cerdos antes de morir

Madre ha ido a comprar huevos a la tienda de la esquina. Siempre que va regresa convertida en alguien parecida a ella. Un poco más arrugada, con el cuerpo hinchado por el alcohol y una línea rojiza que intenta disfrazar con una sonrisa. Se parece a los cerdos antes de morir. Pero no es feliz, no como las madres de mis amigos que siempre hablan de los maridos y de las pequeñas mentiras que les dicen para salir. Hago masajes a madre en sus pies y ella dice algo inentendible. Hace un gruñido como el de los cerdos antes de morir. Madre está ebria, ebria como siempre cuando regresa sin huevos, cuando va a la tienda de la esquina, sin dinero. Al despertar, busca piedra pómez, detergente y esencia de manzanilla y se da un baño por cuatro horas. Sale de la ducha limpia hasta la carne. Sus ojos parecen dos globos rojos a punto de explotar. Madre está rosada como un cerdo antes de morir. Madre duerme toda la noche. Yo espero que al despertar madre siga siendo ella: Una señora de cuerpo blanquecino, de rostro maquillado que no necesita ir por huevos a la tienda de la esquina. Sin dinero. Quiero escucharla decir que no necesita contar mentiras para salir, porque no tiene marido. Al despertar se sirve un succulento desayuno como los cerdos antes de morir.

Molleja

Hoy nos iremos del pueblo. Madre llora y culpa al demonio que vive en la casa de enfrente. Dice que él hizo un embrujo en mi hermana mayor y por eso ella tiene en el pecho una molleja que le pertenece al hombre. Madre llora y su llanto es un río que me aleja de sus brazos. Mi hermana no habla hace días. Respira como si el aire no entrara por su boca. Respira cuando el hombre la mira desde lejos. Respira cuando el hombre pone su lengua dentro de su boca. El otro día los vi, pero no dije nada a madre. Ella atendía a su propio demonio.

Agujero de gusano

Vender limones para aplacar la furia de padre que lleva en brazos a mi hermano pequeño. Poner cara de gusano y no gritar tengo hambre a los que me miran como si fuera una piedra. Dar el dinero a padre y esperar que su mano no destruya el barro de mi guarida. Cargar a mi hermano mientras padre bebe de la botella. Escuchar que dios existe en las casas de otros niños que llevan cuadernos y no limones en la espalda. Esperar que dios encuentre el camino a mi hogar. Dormir y soñar que dios es un niño perdido en su propia casa.

Episodio 4.

Tiempos de domesticar el desastre o cómo sobrevivir en pandemia

Narradora: *Llegó la pandemia y con ella, la monstrua es un animal enjaulado que se golpea con los barrotes de la realidad. La monstrua teme no sobrevivir. La monstrua teme que la locura susurre sus nanas dulces y por fin, logre envolverla. La monstrua imagina a otra monstrua y para aliviar el dolor de la carne, la otra debe sufrir más. Solo así tiene sentido el dolor propio: Cuando presenciamos una catástrofe más grande que nuestra propia vida la esperanza es posible.*

*I. Del canto al lamento y una sinfonía rock***i**

Toco tus manos que vuelan como aves en la muralla de la noche. Te viertes animal manso en mis piernas. Yo canto el origen de la noche.

ii

Tiemblo. La oración del amor es el gesto primitivo del lenguaje. En mis ojos, una parvada muere y renace en tus labios.

iii

Intuyo que madre me alimentaba con la misma urgencia que ahora depositas tu saliva en mi lengua. Imagino que, dentro de ti, un pozo de leche hace espuma en el lugar de tus caderas. Aquí, en este cuarto, somos la génesis de la tierra.

iv

Escribes el mundo en las ranas que entonan su canto en mi garganta. Caemos. Somos la sal de esta herida infinita...

v

Abres mis brazos. El mundo es una ortiga que te hiere.
Abres mis brazos. Mi cervice es una raíz desprendida de tus caderas

vi

Mis mejillas bebidas. Las piernas como zarzas de un campo agreste. Los labios partidos como nueces roídas por ratones. Dentro de mí, intacto el paraíso.

vii

El último espasmo. La selva es un animal en mi garganta. El último espasmo. Eres el único sobreviviente de este incendio.

viii

Respiras tu muerte en mis oídos. Exiliado de mí, ¿en qué nuevo espejismo de la carne nos encontraremos?

ix

Después del hambre, el hambre. Las naranjas se ofrecen sedientas a esta tregua.

x

Pruebo el néctar de mi fruto en tus yemas. Tú lo bebes sin reparar en el manto de la vergüenza.

xi

Después del amor, el barro moldea dos cuerpos separados. Tu espalda es un puente al que me aferro en la hora del frío.

xii

La noche es un pastorcillo que vigila las ovejas de tu rebaño. Yo soy el lobo que te acecha.

xiii

Tu respiración es un árbol de cerezos que se agita por la voracidad del invierno. Yo soy el colibrí que palpita en tus venas.

xiv

Camino hacia ti, pero el sueño es una ciénaga que se hunde a mis pasos. Intento tocarte, pero eres nieve que se hace agua en mis manos. Me despierto. Tus brazos en mi regazo. Flotamos.

xv

Floto con mi meñique que hace agua la grieta que ignoraste. Floto en mi dedo meñique y el sueño es una luciérnaga que al fin se apaga.

xvi

La mañana es una rosa que depositas en mi pelo. Yo pongo mis labios en tu boca y somos lumbre que renace de las cenizas.

xvii

La canción del amor es una trampa que me inmoviliza a tu regazo. He dicho quiero ser pan para alimentarte, aunque soy un cuenco vacío que espera tu ofrenda.

xviii

Mi piel es una serpiente que se enrolla en su propio veneno cuando eres recuerdo al mediodía.

xix

Tu piel es un lapacho que siembro con deseos de infante.

xx

Me intuyo distinta cuando te amo. No la vestimenta del amor, su desgarradura.

xxi

Vienes a mí. Tu cuello, la memoria de mi canto. Descorro la tela de mi ombligo, soy un ave que vuela.

xxii

Hablas del mundo. Yo escucho. Hablo del mundo y me acurrucas en tu regazo. Bruma en mis ojos. El aleteo de un pájaro. Nos quemamos.

xxiii

Jengibre para las náuseas. Gotitas de lavanda para los nervios. Qué poción que conjuro o constelación para la lucidez de estar sola aun cuando hay vida dentro.

xxiv

Amaré el goteo, la baba, el vómito almidonado de tus encías. Qué es esto, sino sembrar el dolor para cultivar la superficie de la ternura.

xxv

Madre, llevo en mí la fecundación y la descendencia de tu prole, pero solo quiero sostenerme de la brevedad de la gota sin sentir que me asfixio.

xxvi

Te espero en esta agitación a la que llamo por tu nombre.

xxvii

Bebé, te heredé ciénaga en la pureza de tus pasos. Verás a las abejas polinizar nuestra muerte y a los niños ser breves como el rezo que aún pronunciamos antes del sueño. Bebé te heredé la noche efímera del humano.

xxviii

Serás óvulo, pepita en panza antes tibia de caricias, ahora fobia de desnudez ante el espejo. Serás salto y yo enhebrada al miedo te sostendré tan fuerte que quisiera que todo fuera mi corazón, pero no, una molleja de pichón. Me estremezco.

xxix

Venados mecen la cuna. Yo reina, deslavo el llanto con el humo del tilo. Para el insomnio lavanda diría mi madre, para lo inalcanzable levantar la cabeza y hacer como si no existiera ese ruido de ratones dentro.

xxx

Exfolio el talón antes rosado empolvado con rabito de conejo. Ahora mis pies son peceras de salmones. La belleza se desflora como la piel muerta.

xxxi

Despierto. Ahora sola una incógnita que palpita en el vacío.

xxxii

Limpio mi hedor con manzanilla. Remuevo la cutícula del deseo.

xxxiii

El amor es una escama. Uvita flácida en cocina de madre pobre. Duermes. Palpita el odio en la caldera de mi vientre. Duermes. Te imagino pez. No necesitas aire.

xxxiv

Devoro corzos de azúcar y pienso en la albina gata que huyó de mi tibia infancia. Devoro duraznos y pienso en el ternero que escucha a su madre, digestión de mi cría. Me hiere el llanto. Nos devoramos para amar. Nos devoramos.

xxxv

Gorjeo de memoria en cunita preciosa. El pino se taló para abrigarte. Un gorrión reventó su entraña por tristeza. Pero cunita preciosa para tu lampiña cabeza.

xxxvi

¿Cuándo la mujer que soy se convirtió en un cuerpo invisible?

xxxvii

Camino lento como quien no tiene prisa de encontrarse con aquello que huye. Camino lento como cabeza de ganado que se acerca a ser banquete. No gesto vida, creo muerte y no hay oración que me libere de su epifanía.

xxviii

Tejo una peonía en tu vestido. Intuyo el campo derramado de cellisca. Pincho mi dedo. Qué es el amor, sino este contraste entre lo bello y el espanto.

xxxix

El hombre es un niño que alimento con la misma devoción que una perra. Lo muerdo rabiosa cuando se prende a mis tetas. Cumplir el ritual de ser madre me hace pensar si aún quiero ser una.

xl

Raspo el vello del pubis. Juego con los labios como si arrancara los pelos de un mango. Escuece la desnudez de la naturaleza en mi forma. Cumpló la rutina del deseo. La perseverancia del placer es cumplir con la moda.

xli

Recuerdo la juventud. Caminar por el pasillo a solas. Desnudarse frente a vitrinas vacías para ver con qué maniquí se emparejaba mi alma. Ahora camino por el mismo pasillo y a mi alrededor todo es carne muerta. Busco mi número de serie.

xlii

Fluyes como gaviota debajo de las sábanas. Yo soy un sicomoro estéril. Mandrágora calva con ensoñaciones. Tú, gaviota te agitas debajo, grito tenue, te derramas en tu mano. Duermes. Maldigo la vagina cerrada a mis propios deseos.

xliii

Ya no soy. Ya no pubis ni pezón, solo figura desprovista de encanto. Pones tu palma en mis caderas, yo me desfiguro. Tú eres un golem que se erige líquido en mis yemas.

xliv

Placer en la deglución del hombre. En rumiar la pulpa del asno y encontrarla vacía de significado. Solo una memoria basta para olvidar la rutina del deseo.

xlv

Llamo a la que seré en tu rostro. Alguna de las líneas de tu mano te llevará de vuelta a casa. Intentarás borrar tu herida con las grietas de mi amor.

xlvi

He sembrado con los ojos vendados. Miro las raíces, el paisaje, la maleza, ¿a quién llamo mi hogar? Descorro la venda. El hálito de la luz crea una nueva ceguera.

xlvii

Encuentro espuma donde antes hubo nieve. Aleteo de avispas en donde antes había polen. Tus manos se extienden a tu propio costado. Yo me abrazo y sueño que soy espina que cortas de las flores.

xlviii

Venerar el gemido tan frágil como el corazón de un pájaro muerto de frío al calor de la hoguera.

xlix

Cuido un brote de rábanos. Arrullo una mariquita en mis meñiques. Alimento a la ardilla del bosque. Asesino a la abeja que dejó su origen en mi frente. Lloro por la miel vacía. Hija mía, no he podido salvarte.

Desperté agitada por un sueño que me llevaba por un pasillo blanco. Un camino de leche en donde las yeguas gemían su espanto con cada uno de mis pasos. Tuve sed y succione mis yemas y una masa se enquistó en mi garganta. El dolor se hizo presente, pero quise acariciarlo y protegerlo del mundo y sus ojos abiertos que nos acechan. Me levanté agitada. Con el corazón latiendo por mi lengua. Mi cara mojada y la única certeza de que los sueños son animales feroces que contemplamos en la noche desierta.

li

Hijo, esta es la única herencia: tú eres el último de nuestra especie.

*II. Apocalipsis de las bestias o una madre
como animal doméstico en pandemia*

Final I

Dentro de la casa, no hay fórmula de belleza que compense la carencia maternal de amar a un hijo que necesita de mí, lo que sea que soy yo, en este encierro.

También el génesis

Abuela, pienso en ti, abuela.

En tu cara fragmentada por Cristos de verbena y ceniza de domingo. En tu mirada que buscaba la ternura en los nietos a los que amaste como si hubieran comulgado tu culpa maternal de la ignorancia y la pobreza.

¿Qué dirías, ahora abuela, que se cumplieron las profecías y nos encerramos todos en una caja Petri mientras la naturaleza nos analiza con sangre fría y pulso de piedra estéril?

¿Qué oración te ampararía del olor a serpientes que aún se trenzan en tu ropa como si fueran piel inmutable de la que no pudiste desprenderte?

¿Qué hostia inventarías para hacer de la verdad el lenguaje con la que pronunciabas tu propia historia?

Pienso en ti abuela. En el temblor del pasado como un huracán levantando muertos y no flores dentro de tu cabeza y es mejor que duermas.

Ahora tienes paz.

Es mejor que duermas.

Final II

Mi hijo sigue creciendo. Hago rompopo con los huevos que aún quedan. Mi hijo es el residuo de todo lo que aún nos queda.

Final III

Bebí de tu lengua como si un manantial brotara de tus labios. Como si dentro de ti creciera la mansedumbre de las ardillas, las semillas de amapola y las estrellas. Bebí de ti buscando el tierno inicio de las palpitaciones. Como si la memoria fuera un río que nos acerca al primer movimiento de la carne que aún no florece. Bebí de ti y solo recibí la saliva espesa de quien ahora es pozo seco de nuestra historia.

Final IV

Nunca más querré saber de las enseñanzas del hombre, parecidas a las de papá cuando le hablaba a mi madre y ella agachaba la cabeza. Yo mantengo mi rostro erguido mientras todo adentro se parte como una Pangea en la que mi corazón desaparece.

Final V

Ahora que no soy el hombre no sé qué hacer con el bulbo que crece en mis caderas. Lo tomo como si fuera un cerebro de babosa y lo destrozo furiosamente con la sal de mis dedos. Nunca más necesitaré del hombre.

Final VI

Mi hijo llora. Yo caliento la sopa y canto una canción de Marilyn recordando que el amor es un rito de cuidado y de ausencia. Canto el estribillo y mi hijo ahora duerme abrazado a su primera costra.

Final VII

No tengo a donde ir después de la rutina maternal. Me miro al espejo y la bruja que soy yo me ofrece una manzana que me liberará de este designio. Preparo una tarta de durazno y sonrío porque es lo único que puedo ofrecerle a los rastros de maldad que en otros tiempos llamé sueños.

Diálogo con LA ANIMAL que fui

Hay en este dolor, un pacto animal.
 En mis recuerdos crece la botánica del asco.
 La herencia que crece en mis garras
 y se mece como un autista
 en la habitación de los sueños.

¿Qué era yo antes de esto?

De ser hija
 esposa
 madre

Fui un laberinto por donde entraba lujuriosa pensando que todos los caminos eran míos y que podía amaestrarlos entre mis senos.

Porque mi cuerpo era bosque y yo, esa conciencia que se agazapa libre en el lenguaje, era mi Amazonas.

Era la mujer fuerte que para curarse de la familia se hizo la antípoda de todas las enseñanzas que vinieron del agujero del gusano del padre.

Y ahora, sentada en esta mesa, sosteniendo entre las manos dos claras que haré punto de nieve, solo escucho a mi padre diciendo

“Seré el que se sacrifique para que seas el sacrificio de eso que llamarás hogar”

Padre, cuánta razón tenías, digo, antes de volverme cordero y servirme sonriente a la hora de la cena.

Claridad apocalíptica

El hombre recuerda a una mujer que amó antes de dormir.

Yo recuerdo a la mujer que amé en mi propio cuerpo.

Ambos amamos a una mujer que no existe.

Final XVIII

El bebé succiona su dedo pulgar. Yo sonrío y tejo escaarpines para los pies que aún no conocen su costra.

El bebé llora y yo soy una lámpara que él agita en su boca caníbal que devora mi impulso maternal.

El bebé duerme. Yo detengo el tejido, disminuye el goteo de la leche en mis pezones.
 Froto mi estómago esperando que el propio deseo sea un mar que purifique y devuelva el
 amor primigenio de la espera.

G
u
s
a
n
o

Soy una mujer que abre sus piernas
 y de adentro una trinchera de hombres deformes
 devoran mi rostro.

Yo goteo sangre
 goteo esperma
 goteo óvulos

Tejo hijos e hijas
 me visto con ellos.
 les pido amarme.

Ellos duermen como peces rojos entre mis costillas.
 Despierto y un colibrí come un gusano que crece en mis oídos.
 Despierto

El hombre abraza al bebé.
 ambos sueñan que salen
 de mi útero extinto.

Cría nueva

El hombre habla de una cría nueva.

El hombre alza la voz. Yo escucho el canto del gallo que me despierta a la madrugada.

El hombre sigue hablando y sus palabras son plumas que se agitan en mi nariz y me asfixian.

El hambre se prolonga como sombra en mi garganta.

El hombre habla y apunta entre mis piernas la frescura del nido.

El hambre es un bicho que infecta mi lengua.

El hombre habla de la necesidad de compañía para la cría que ahora picotea mi pezón morado.

El hambre se hace espuma en mi boca.

El hombre se acerca a mí e inicia el rito del celo en mis labios.

El hambre se coloca en mis manos.

Levanta el machete y cae como cuervo en el cuello del hombre.

Reposo mansamente.

Un cementerio de huesos yace en mi intestino.

Final XIX

Te he dicho la verdad, hijo mío:

detrás de cada acto de amor

se esconde

un recuerdo de todas

nuestras carencias.

Abrázate a mi pecho ahora

que sigo siendo

el cisne que te lleva por las aguas turbias

de este mundo sin belleza.

Apocalipsis

No hay después.

Este es el único momento que nos queda.

Inventa el lenguaje mientras destruye
todo lo que amas.

Inventa el poema mientras el amor
pende de una lámpara que apagarás
cuando la carencia se prolongue.

Todo cabe:
el hijo
la madre
el padre
los hermanos
en la aguja
con la que coses
tus heridas.

Por eso, nada cicatriza.

Por eso, el dolor
es para siempre.

El dolor cicatriza como una pared carcomida por insectos a la que se ha pintado flores.

Ven, hijo amado.

Soy una geisha que danza debajo de los cerezos, sostengo entre mis dedos abanicos que aprendí a dominar en el descanso de las tardes.

Mira mi cuerpo que se bate como una grulla en este cortejo que hago para que me llames la mejor madre cuando rompa en histeria.

Mira mis pies cómo hacen espuma las esquiras del sufrimiento.

La belleza es la sangre que nos queda después del llanto.

Mira mi boca cubierta de labial brillante. Mira la risa que se expande para hacer el último acto.

Quédate con la vestimenta del amor.

No con el cuerpo que se transforma para ser amado.

No mires cuando quito el color blanco ni el rubor de mis mejillas.

No mires cuando me arranco el traje de seda.

Ahí estoy yo,
la mujer que te ama desprovista de su imagen.

Episodio 5

Realidades virtuales en animales de caza

Narradora: *La monstrua conoce el sufrimiento de niños azules que sostienen la respiración para ser amados. La monstrua comprende que tal vez, ella no sea una monstrua, solo una mujer que teme al mundo y sus callejones oscuros. Allí, donde se esconden los verdaderos enemigos.*

La red rosa es el reflejo de un comercial que no nos interesa

David:

Tu cuerpo no se acostumbra al contacto de la sábana blanca
que huele a cloro sin restos de coca.

Los niños duermen como si fueran un manantial de piedras
que el hombre explota sobre la fragilidad de tus nalgas.

Comes sus sobras con tus manos de lagarto y haces una pequeña oración
para recordar que el mal habita por sobre todas las cosas.

El niño de tu izquierda respira como un oso que te recuerda a Joaquín,
el de los ojos de avellana y dientes que aun a sus doce,
eran de leche.

Él te amaba.

Te amaba, aunque sabía que tu boca es el cementerio de semen de otros niños
que creyeron en las buenas intenciones.

Pero tú sabes que las intenciones son una telaraña
en donde caen pequeñas moscas que llaman a madre.

Y madre es un parásito que devora su propia vida desde adentro...

¿Qué es adentro?

Preguntaste al hombre cuando te hizo mirar una vagina por primera vez
y te mostró el clítoris destrozado de una mujer muerta.

Adentro, dijo, es donde empieza el universo

y tú eres un punto en donde convergen los labios caníbales
del deseo.

Aprendiste que el deseo empieza
en el pene de un hombre,
cuando se convierte en el punto rojo,
que titila en la llamada de emergencia
que nunca te salva.

Ahora, el deseo es un animal salvaje
que reclama tu mano,
para comer, también de ti mismo.

Tú eres presa del ojo que nunca se cierra.

Tu culo palpita y el asco es un nudo que se hace corazón en tu ombligo.

Madre decía que te parió por falta de dinero
porque no quería morir en la cárcel
por traer al mundo a su asesino.

—*Yo no quise tenerte*—te dice antes de subir una foto en su Facebook
mientras tú te preguntas
si los niños pueden convertir el deseo de sus madres
en realidad.

Madre golpea tu rostro.
La mamá de madre golpea su rostro.
El esposo de la mamá de madre golpea su rostro.

Así entiendes que la identidad
es polvo que se disuelve ante el poder de los otros.

Madre regresa un día con un hombre que te mira como si fueras un roedor

que ha caído en la trampa.

Madre es su primera víctima...

Madre ata tu cuerpo a la cama.

Eres una lechuza que agoniza.

Madre grita cuando un hombre le mete el pene en la boca.

Quieres salvar a madre.

Quieres salvar a madre de destruirte.

Quieres decirle a madre

que destruir lo que no se ama

es juntar los dedos y hacer desaparecer

algo que no existe.

Como el dios que no existe cuando ella reza para que todo acabe.

Ahora, madre no tiene fuerza para lastimarte.

Ahora, madre tiene dos pechos que asoman como hienas frente a tus ojos.

Y tú quieres amansarlas con tus labios.

Manar su leche entre tu lengua

y decirle que ella existe

porque tú crees en ella.

Pero, ahora, madre tiene los ojos blancos como la leche

que sale del hombre que te abre con su lengua.

Madre no se mueve.

Tu abuela guarda a su hija en una bolsa debajo del árbol de limones.

Ya no ves al que mató a madre.

Compran tu inocencia y desaparecen tu estirpe en papeles verdes
que tu abuela esconde en la mesa de ofrendas.

Ahora el mundo es un cable que conecta tu dolor
al placer de los otros...

—Usa mascarilla—te recuerda el niño más pequeño que te abraza como si fueras su casa
pero una casa se cimenta sobre el vacío para olvidarnos de la propia ausencia.

Fuiste el primero en penetrar su boca,
en hacer burbujas de saliva en sus pezones,
y hacer de su carne una miseria.

—Eres miseria—le dijiste antes de darle la última embestida,
él se aferró a ti para olvidar el verdadero sitio de la pertenencia.

El sitio de la pertenencia es este ojo que te mira e imagina inocencia.

*Nosotros—piensas—
somos el estiércol
que mantiene las raíces
para que ellos imaginen que la felicidad pesa
un megabyte de ilusiones.*

La ilusión es una señora que, al verte sonreír,
ignora que succionaste con tu boca
la virginidad de una niña,
que ahora se transforma en súcubos siniestra.

Ya no recuerdas a madre.

Recuerdas su pubis que tenía herpes en el lugar de los vellos.
Recuerdas su pubis cuando tocas tu pene que florece un diente de león entre tus piernas.

Tu madre abre sus piernas y el diente de león pierde su cabeza en líquido amniótico
que reposa como nube roja en su vientre.

Imaginas que tu mamá es esa cámara que te mira con su ojo inyectado en sangre.
Entonces, el obeso abre tus nalgas,
te mete su lengua,
eres un pescado que muere
congelado en el frigorífico de las cosas buenas.

Imaginas que tu madre te observa y no lloras.

No lloras más...

Eres el hombre que engendra a madre
y solo a ti te pertenece.

Tu madre sigue parpadeando con sus ojos mecánicos.
El hombre mete su miembro entre tus labios.

Ya no eres niño,
ya no eres David el de las nalgas frágiles.

Eres una mujer que pare un engendro por la boca.

Ahora reposas mientras miras el cielo entre tus yemas.

—*El cielo no cabe en mis yemas*—piensas,
pero, en mis genitales habita, mi propio infierno.

Acaricias el cuerpo agonizante del niño que se la chupó a un hombre enfermo del virus.

Tienes ganas de decirle que el dolor también pasará como el hambre,
pero, en sus ojos habita la *bluescreen* de una vida computarizada.

—Solo la muerte puede salvarnos—
le dices como única esperanza.

Mamá es una niña pequeña que no puede nombrar el miedo.

—Tener miedo—piensas

*Es sentir que el cuerpo es un gusano que infecta
el sistema-infancia del verdadero virus.*

—Hábítame tú —dice la niña que sostiene tus dedos en las cruces rojas de sus tetas.

—*Hábítame tú*—dice el niño, que en pocos días morirá,
después de que una manada de hombres lo devoren,
y se olviden de él,
cuando acaricien el cabello de sus propios hijos.

—*Hábítame tú*—dice el cadáver de tu madre
y ahora eres el hombre que la violó por primera vez
con el puñal de sus caderas.

Querido lector, querida lectora.

Aquí, termino tu ceguera, nuestra vergüenza:

“Según la BBC Mundo, a partir de la pandemia, del 17 al 24 de marzo del 2020 en España, se registraron 17.000 descargas de material con pornografía infantil, mientras que en la semana del 24 al 31 del mismo mes las descargas aumentaron en un 25%”.

La ceguera es mirar cifras en lugar de niños que al mirar a Cristo crucificado piensan que dios no conoce el dolor.

El dolor es resucitar en el propio cuerpo, una y otra vez, cuando nosotros navegamos por la superficie de su miseria.

El dolor es ser la cruz que sostiene al hombre santo y ser el objeto

que inicia el fin de lo sagrado.

Ahora miras a madre con su panza hinchada y te conviertes en el pene androide mecánico
que iniciará un nuevo designio.

No eres niño,
eres una mujer con peluca rosada que masturba a un hombre con tu rostro.

Eres una mujer de tacones altos que azota a un hombre de lentes.
Lo orinas porque la libertad consiste en escoger qué parte de tu propia inmundicia
destruye a
tu victimario.

El asesino de madre grita.
Los niños lloran tu acto de rebeldía.

Viniste al mundo para ser la estadística que flota como el cadáver de una mosca en la
fiesta
del mundo.

Yo, escritora, soy una caja de resonancia.

Esta es la voz que habita en la *Deep Web* del festín de la indolencia:

Digo madre,
pero también semen
abandono
niñita violada por abuelo.
Adolescente que se suicidó por falta de pruebas.
Mujer que antes de dormir recuerda el glande
brillante
de su padre.

Digo madre

como la antítesis de dios.

Digo madre y la mujer que me parió se hace costra
cicatriz
y evidencia
en la parte siniestra
de mi pubis.

—Soy María—respondo al policía que mira las flores que crecen en mis dedos.
Para él, es solo sangre
para mí es
la única herencia.

—Soy María—repito
mientras deslizo el miembro eréctil debajo de los muslos
y soy un campo carnívoro
de mi estirpe.

Repita su nombre.

—Soy María—
nickname:
Jesús
el verdadero
hijo crucificado.

—Soy María—
Náufrago de la red oscura.

Violado por cincuenta hombres.
Desflorador de niñas que al chuparse el dedo
recuerdan el sabor de sus labios menores.

—Soy María—

Un vídeo que se reproduce en la cama de un hombre con traje.

Un grito que se escucha
después de decirle a los propios hijos
que el monstruo no existe.

Soy María
puta inmaculada
destrozada
e impúdica
por obra y gracia
del espíritu Santo.

Diagnóstico:
Estrés postraumático.

Diagnóstico:
Ser niño

y tener una madre-niña
que creyó
en las buenas intenciones.

Diagnóstico:
Tener un cuerpo
tener un cuerpo pequeño
tener una vagina en lugar de una trampa de lobos

llamarse María Magdalena

llamarse a sí misma
como el trauma.

Eres un niño, David.

Y usted es una mujer, respondo a la policía que me mira con lástima.

Se pausa el vídeo.

Se pausa la transmisión

Deléitese ahora

con el comercial que promociona:

“Los niños y niñas son el futuro de la patria”

Episodio 6

La construcción de la bestia

Narradora: *Entonces la monstrua reconoce la verdadera fragilidad: el punto en donde el propio cuerpo ha sido un motivo de ofensa para los otros. El punto en donde su vida se convirtió en un puente en declive. El punto en donde dejó de ser mujer y se convirtió en el ático de las carencias de los otros. La monstrua contempla la carne que hiede de sí misma y por primera vez la llama por su nombre.*

ceRDa

Esto no te dolerá tanto como a mí
si lo lees despacio.

Si lo lees cuando frotas crema en tu vientre plano.

Si lo lees después de contar cien abdominales y en tu pecho firme
una mosca se frote las patas.

Si lo lees y en la balanza el peso no grita “Gorda”

(mujeres delgadas no cancelen este poema como a la canción de Taylor Swift).

Pero si tu vientre abultado cuelga como una masa de harina y aplasta tu vagina.

Pero si al verte al espejo, sostienes con alfileres la carne que sobra de tu espalda.

Pero si el chico que amas es el mismo que te dibujaba como un círculo,
entonces, sabes de qué te hablo.

Eres un animal redondo y con rabia que, al mirar las revistas de moda, entendió que un
cuerpo que sobrepasa los kilos de la norma, debe amputarse la piel para sentirse amada.

Eres un animal asustado que se esconde al fondo de una habitación llena de gente para
que tu sobrepeso no estorbe

la mirada de las chicas altas y delgadas

que piensan en Kendal Jenner

como ejemplo de sentirse cómoda con lo que eres.

Eres un animal que llevaba en la chompa (de manera literal no metafórica)

las etiquetas que a las chicas flacas les causaban gracia, mientras en el recreo,

todas decían en voz alta

todas decían sin vergüenza

todas decían con miedo

de lo horrible que sería ser alguien como tú.

Y todas reían

y todas se medían con cinta métrica la cintura de avispa hambrienta

y todas, en silencio, se lamentaban no tener menos de sesenta centímetros.

Porque así es más fácil ser deseada.

Porque así es más fácil ser admirada.

Porque así es más fácil ser una chica de portada.

Porque así el rector del colegio no se ríe

cuando le muestras los papeles

que dicen que eres un elefante

una orca

una ballena.

Porque todos se equivocan.

Porque tú eres una cerda.

Una cerda que busca los residuos de los otros para que el odio que llevas en los calzones, entre los kilos de las piernas, no te pese tanto.

Porque así no te atiborras de comida mientras sueñas que un hada madrina te convierte en la princesa de tu horrible cuento.

Porque cuando ves mujeres gordas en las películas siempre están riendo, intentando complacer a los otros, y nunca son hermosas.

Siempre es extraño que alguien llegue a amarlas.

Siempre es un acontecimiento que alguien desee una vida a su lado.

Porque jamás pudiste entender cómo Bridget Jones pesando sesenta kilos era una mujer pasada de peso.

Y llega el día en que escuchas con atención lo que te repites antes de salir con una máscara:

Te dije que no comieras tanto te dije que ese pantalón te hacía abultar el melón que tienes por estómago te dije que no te metieras en esa fila así esa mujer narizona no hubiera dicho que ibas a aplastarla te dije que si agachabas la cabeza para la foto tu papada aparecería como una extremidad fantasma te dije que no comieras rápido para que tus colegas no te digan qué buen apetito tiene (elija nombre de mujer más diminutivo) te dije que lo hicieras en la posición del misionero así no pensabas en cómo cuelgan tus rollos y tal vez solo tal vez podías tener un orgasmo.

Pero, eso no te convierte en ese animal que se arrastra en el barro de tu propia miseria.
No.

Es lo prohibido que habita entre tus vísceras y que sale de ti, como un *doppelgänger*, en la hora del insomnio.

Ella, que eres tú, se mira en tu cuerpo y chilla su naturaleza de animal rechazado.

Ella, que eres tú, se golpea los costados y sueña con los hijos
que devoraste con tus ovarios.

Ella, que eres tú, dibuja un laberinto y sabe que solo es cuestión de tiempo
hasta que llegues al centro de todos tus fracasos.

Porque ahí no cabe justicia para la herencia que convierte, a unas en terneras que se servirán a la hora de la cena, y a otras, que se condenan a la hoguera porque faltaron a la norma por tener más gramos en las piernas.

Ella te dice que para ser feliz una mujer debe tener:

—Una sonrisa parecida al cuarto menguante de la luna, aunque el cielo solo sea un trapo sucio que limpia sus lágrimas por las noches.

—Unos ojos de gato que sirvan para cazar propuestas matrimoniales, aunque solo sirvan para no quedarse sola.

—Unas caderas prominentes como una isla a las que navegarás imaginariamente cuando el hombre se venga antes de tu primer gemido.

—Una cintura tan fina en la que no cabe el deseo de probar un carbohidrato.

Ella que eres tú, a veces te consuela, porque también puede ser graciosa cuando tu desgracia alcanza el *clímax*.

Como cuando te cuenta el chiste de que una mujer debe ser robotizada en su cuerpo y tener un módem reprogramable en todas en sus emociones para que no moleste a los hombres.

Pero despiertas.

Y la realidad es la foto de perfil de una mujer que solo muestra el rostro porque teme ser juzgada por una barriga que no puede disimular con el pantalón aplasta panza.

Y la realidad es una mujer gorda que dice aceptarse como es y todos la acusan de promover ideales dañinos.

Y la realidad es una mujer gorda hablando de gordofobia, mientras en secreto sigue luchando contra el desamor adquirido.

Una mujer gorda no cabe en la foto familiar de los primos que te recuerdan por qué de niña las tías flacas te hacían sentir que ser tú era habitar espacios prohibidos.

Porque una no puede amar lo que sobra, solo debe desear lo que le falta.

Porque una no puede decir que está cómoda con lo que es, solo tiene permitido hablar de lo que quiere ser.

Porque una debe hablar de sí misma como un juguete roto que debe ser moldeado por los otros.

Una mujer gorda existe.

Una mujer gorda existe, aunque sea prohibido nombrarla en debates de amor propio.

Una mujer gorda existe, aunque sea nombrada como un defecto.

Porque la gordura es un monstruo que tememos, aunque solo exista en la cabeza.

Porque una mujer gorda es una cerda que destrozaremos con el lenguaje aunque el daño sea invisible.

Este kilo de más es un precipicio en el que muchas caemos y del que salimos anestesiadas en un quirófano.

¿Quiénes somos?

Te preguntas en silencio mientras imaginas que las mujeres gordas son marcianas perdidas de su planeta.

Y vas a la cena con la faja que evita que todo se desborde de ti.

Porque desbordar es lo mismo que difuminar los límites que existen para que el miedo sea lo único permitido.

Entonces sostienes entre tus garras el defecto de fábrica mientras rezas que nadie note la transparencia de tu dolor en el gesto oprimido de la falta de aire.

DESBORDAR ES LO MISMO QUE GOLPEARSE COMO UN ANIMAL MORIBUNDO QUE HUYE DE LA MUERTE.

Y tú quieres fabricar la normalidad, aunque tu piel vaya en contra de lo aprendido.

Pronto aprendiste que para sonreír el hambre no debe ser satisfecho.

Pronto aprendiste que el hambre debe crear una casa en la que los invitados marcarían tus acciones, mientras tú observarías como un animal que sería lapidado hasta ser colocado dentro de una bandeja.

Pronto aprendiste que el hambre es una señal que te muestra el camino para adaptarte al sistema.

Porque cuando te satisfaces también te llenas de odio.

Satisfacer es guardar las cosas que te hacen daño y ofrecerlas sagradas a la cerda que te mira con éxtasis cuando miras para adentro.

Documentar el color de los alimentos.

Documentar el olor de las calorías.

Documentar el volumen del vómito.

Documentar la textura de la anemia.

Documentar la ausencia del apetito.

Así hasta que la cerda que eres muera famélica y puedas mirarte sin que ser tú sea una cuestión política, ir en contra de lo hegemónico. Un vivir en disidencia.

Aprendiste recién esas palabras para que tenga sentido tu existencia.

Pero tú siempre serás una cerda
una mujer ancha
una identidad de la que no debe hablarse
a menos que sea un conversatorio de todos los cuerpos merecen respeto.
Porque cuando sales de ahí el apetito pervierte la carne
y nada es peor que pervertir las fronteras de la belleza.

Por eso, callas a la cerda y vives como un Animal como una mujer gorda porque ser tú es lo único que tienes.

Así, hasta la hora del insomnio.

Obras citadas

- Álvarez, Ángela. 2017. *La estación de las moras*. Madrid: Torremozas.
- Chimamanda, Ngozi Adiche. 2018. *El peligro de la historia única*. Madrid: Literatura Random House.
- García, Esther M. 2017. *Mamá es un animal negro que va de largo por las alcobas blancas*. Ciudad de México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Lispector, Clarice. *La pasión según G.H.* 2022. Madrid: Siruela.
- Montaño, Sara. 2019. *Conversaciones nocturnas con la sombra de mi madre*. San Luis: Perniciosa.
- Ortiz Ruano, Yuliana. 2018. *Canciones desde el fin del mundo*. Buenos Aires: Amauta&Yaguar.
- Woolf, Virginia. 1967. *Una habitación propia*. Barcelona: Seix-Barral.